

Coordenação:

Dr. Héctor Ricardo Leis

Vice-Coordenação:

Dr. Selvino J. Assmann

Secretaria:

Liana Bergmann

Editores Assistentes:

Doutoranda Brena Magno Fernandez

Doutoranda Sandra Makowiecky

Linha de Pesquisa

A CONDIÇÃO HUMANA NA MODERNIDADE

LEONOR ARFUCH

POSTALES DESDE EL FIN DE UN MUNDO

Nº 34 - Novembro 2002 (*Série Especial*)

Cadernos de Pesquisa Interdisciplinar em Ciências Humanas

A coleção destina-se à divulgação de textos em discussão no PPGICH. A circulação é limitada, sendo proibida a reprodução da íntegra ou parte do texto sem o prévio consentimento do autor e do programa.

Capítulo IV da série : I Seminário Internacional Regional de Estudos Interdisciplinares: Condição Humana e Modernidade no Cone Sul da América Latina, realizado no período de 19 a 21 de junho de 2002, pelo Programa de Doutorado Interdisciplinar em Ciências Humanas.

*Leonor Arfuch**

* Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, actualmente se desempeña como Profesora Titular e Investigadora de la misma Universidad. Ha trabajado en análisis del discurso político, de géneros discursivos mediáticos, de formas biográficas y autobiográficas en literatura y en ciencias sociales, así como en la problemática de identidades culturales, desde una perspectiva socio-semiótica afín a la crítica cultural. Ha publicado: *La interioridad pública* (1992); *La entrevista, una invención dialógica* (1995); *Crímenes y pecados. De los jóvenes en la crónica policial* (1997); *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* (2002).

Postales desde el fin de un mundo

I.

Mi aproximación al eje temático –y problemático- del Seminario articula dos aspectos de distinta temporalidad: por un lado, una interrogación semiótico/cultural sobre la subjetividad contemporánea llevada a cabo en una trama de géneros discursivos y que puede leerse como “resultados” de investigación¹, por el otro, una reflexión crítica sobre los modos en que esa subjetividad –en tanto creación social del mundo privado- aparece confrontada en el acontecer de la Argentina de los últimos meses, es decir, en el presente imperfecto de la actualidad. Una articulación ni necesaria ni evidente, que quizá por ello mismo se torna política.

El primer aspecto, la investigación a la que me dediqué en los últimos años, surgió de una inquietud que también reconoce, como el título que hoy nos convoca, una cierta matriz arendtiana: esa clásica dicotomía entre público y privado, donde este último reino aparece como el lugar de la pérdida, del desvanecimiento del sentido heroico de la vida –y de la acción- en aras de la comodidad –y la uniformidad- doméstica.

La inquietud tenía que ver en principio con la comprobación apabullante de que *lo privado* –en sus múltiples sentidos, lo personal, lo biográfico, lo íntimo- tenía una indudable centralidad en el escenario contemporáneo: los medios, la política, el arte, la literatura, viejos y nuevos dominios del campo intelectual y académico parecían crecientemente interesados en la dimensión vivencial, en el relato de las vidas –ilustres o comunes- como algo singular, en las dotes de la personalidad, en la mostración, tanto

¹ “Resultado” en el sentido que Barthes le atribuyera al producto siempre provisorio de una investigación: un *texto*, “una *vista*, un espectáculo, en suma, engastado en el texto”. Roland Barthes, 1986.

anecdótica como trascendente, de la experiencia atestiguada en lo posible por el nombre, la voz, el cuerpo, la presencia, es decir, con marcas diversamente autobiográficas.

Eran precisamente tiempos de subjetividades desatadas: fines de los '80, principios de los '90, cuando la privatización de la vida parecía acompañar el giro decisivo de la privatización del Estado de Bienestar y los “pequeños relatos” venían, según algunos autores, a suplantar las utopías y los grandes sujetos colectivos. Sensibilidades posmodernas, que se expresaban, entre otras cosas, en el énfasis autorreferencial, en la exhibición pública de las conductas –afectivas, sociales, sexuales-, en la minucia de lo cotidiano y en el atisbo, cada vez más desembozado, de la intimidad.

Fue ese “desborde” de lo privado, especialmente perceptible en el espacio mediático, que suscitaba críticas desde la sociología y la política, que aparecía como pérdida o desbalance de un equilibrio primigenio pero que sin embargo convocaba una adhesión creciente –públicos, audiencias, lectores, votantes...- lo que me llevó a mirar del lado “negativo” de la vieja antinomia, invirtiendo así los términos y los interrogantes.

Lo que encontré en principio fue una multiplicidad de géneros discursivos, infaltables en las listas de *best-sellers*, donde los más canónicos –biografías, autobiografías, confesiones, memorias, diarios, testimonios, correspondencias- cohabitaban sin penuria con otros, más innovadores –entrevistas, conversaciones, instantáneas, autoficciones, anecdotarios, autoayuda- dando lugar incluso a raros híbridos, como el *talk show* y el *reality show*. Sin perjuicio de las diferencias y de las (relativas) especificidades, una constelación se dibujaba en esa inesperada sincronía, donde el “efecto de (vida) real”, podríamos decir parafraseando a Barthes, se sobreponía a toda astucia ficcional del relato. Más allá de la “verdad” del sí mismo, la impronta de veridicción, más allá de los accidentes biográficos, las estrategias de (auto)representación, más allá de la efectiva presencia del sujeto, la insistencia sin límites del yo. Así parecía funcionar lo que llamé el *espacio biográfico*, una simultaneidad de ocurrencias, de por sí sintomática, de géneros y formas con parecidos de familia, sometidos a interacción dialógica –en el sentido de Bajtín-, es decir, a una interdiscursividad constitutiva y generalizada.

Este espacio, que era a la vez *temporización*, permitía traspasar los límites de los géneros como dispositivos formales de cierta independencia, para pensar justamente en su fuerza performativa de conjunto, su interactividad global, aquello que deviene en tendencias capaces de caracterizar ciertos climas de época. Desde ese horizonte de intelección, donde se desplegaban las innumerables variantes del yo “atestiguado” y sus desdoblamientos en *otros*, se trataba entonces de leer rasgos de la subjetividad contemporánea.

¿Qué fascinación –y obstinación- llevaba tanto a la mostración, al develamiento, como al consumo adictivo de la vida de los otros? ¿Qué valores se jugaban en las diversas formas, sus hibridaciones, sus incoincidencias? ¿Qué suplemento de autenticidad traía la voz de la *persona*, la narración de su “propia” experiencia?

Ciertas explicaciones, aquí y allí –estrategias del mercado, manipulación, voyeurismo-, no parecían del todo convincentes, aunque sin duda eran reconocibles fenómenos mediáticos avizorados décadas atrás: la personalización de la política, el vedettismo del

show, la acentuación narcisística. Pero también había, en contraposición, tanto en los medios como en las ciencias sociales, un énfasis creciente en el testimonio, la pequeña historia, la dimensión trágica de la vida, los relatos de la gente común.

La postulación de una genealogía se impuso en primer lugar. Porque, si bien la narración de una vida parece remontar casi al origen de los tiempos, es en verdad en el siglo XVIII, y según autores (entre ellos Arendt), con el gesto pionero de Rousseau en las *Confesiones*, cuando surgen los géneros auto-biográficos modernos, que crean a un tiempo y de un modo indisociable, la subjetividad de lo privado y el espacio contrastivo de lo público. Allí estaba el germen de la paradoja que los medios de comunicación han llevado al paroxismo: lo *privado*, para existir, debe exponerse a la visibilidad, a la interlocución, sea bajo la forma de escritura –aun secreta-, o de conversación, relato, retrato, imagen, signo...

El relato de sí aparece entonces como necesidad constitutiva del sujeto moderno, pero en tanto apertura a la *otredad*, no como contemplación ensimismada.² Y esa apertura es la que funda precisamente lo que para el psicoanálisis será la identificación con otros, modos de compensar la falta, ese vacío, también constitutivo, del sujeto. Esta dinámica de la incompletud, ese vaivén especular donde *tu vida es mi vida*, tiene para Bajtín un nombre: el *valor biográfico*, un orden que la narración impone al flujo indeterminado del vivir y que da sentido tanto a la vida del narrador –biógrafo o autobiógrafo, no hay gran diferencia- como a la de su hipotético lector. La “vida” – una unidad que no preexiste al relato- se torna así en aprendizaje, mimesis creativa, cronotopo. Modelo del ser –desde la “vida buena” aristotélica a las múltiples realizaciones contemporáneas- que es también, para la sociología, *modelización*, esa acuñación incesante de sentimientos, usos y costumbres, esa vigilancia sobre las conductas que permite y prohíbe y que no deja afuera en ningún caso los territorios de la intimidad.

El valor biográfico reencuentra así la orientación ética que es propia de la narrativa y esencial a la novela. Su diferencia, en los géneros que hemos mencionado, reside justamente en ese *algo más* que es la existencia de una persona “real”, la garantía de una vida efectivamente acontecida. Y si bien el psicoanálisis, la lingüística, la filosofía, la teoría literaria y toda la experimentación artística del siglo XX, se empeñaron en diluir la ilusión del sujeto autocentrado marcando la imposibilidad de la *presencia* y por ende, la inescapable ficción de todo relato de vida, no han logrado diluir la creencia, por el contrario, el lugar del “autor” –escritor, artista, pensador, actor social, protagonista, víctima, testigo...-, que es también el de la proximidad -y humanidad- del *semejante*, es hoy más relevante que nunca.

No es difícil aventurar razones –siempre paradójicas- para esta creencia empecinada. Si el valor biográfico supone una puesta en sentido de la (propia) vida, si en realidad aprendemos a vivir por la experiencia ajena, si las vidas que se ofrecen a ver aportan diferencia en la repetición, manteniendo así siempre abierta la cadena de identificaciones, puede quizá entenderse porqué, en nuestras sociedades mediatizadas, en la apoteosis de las tecnologías del directo –que operan en verdad en el alejamiento,

² Habermas, para quien el “raciocinio literario” es indisociable del político en la formación de la opinión pública burguesa, destaca la pasión por el intercambio de experiencias de la nascente subjetividad a través de cartas –para los amigos, para ser leídas en los salones, pubs y cafés, para ser publicadas en los periódicos- al punto que define al siglo XVIII como “un siglo epistolar”. Jürgen Habermas, 1982.

el anonimato, la borradura del tiempo, el cuerpo, la distancia- adquiere tal protagonismo la dimensión vivencial, esa inmediatez reconocible del espacio biográfico.

Pero quizá, diversamente, en esa apetencia de individualidad se juegue también el *nosotros*, aquel valor biográfico colectivo que condensa imaginarios y fabulaciones, nunca desligados de una historicidad: vidas soñadas, prometidas e incumplidas bajo el signo de la igualdad, desencantos de la política, desajustes y autodecepción. En definitiva, lo que hace de una biografía personal un asunto público, pero no en el sentido de la visibilidad mediática sino en el sentido político de la responsabilidad.

II.

¿Qué modelos de vida se ofrecen hoy a nuestros ojos? ¿Cuáles son las “vidas ejemplares” de la época? ¿Qué valores se destacan? ¿De qué manera se percibe, en esta discursividad particular que analizamos, la “condición humana”, aceptando desde ya el anacronismo de este significante en el léxico de una (sobre)modernidad globalizada?

Estas preguntas tentativas podrían quizá responderse, sin pretensión de exhaustividad, desde ese lugar desterritorializado que la comunicación contemporánea postula como “global”. Prefiero sin embargo en este caso hacerlo desde una localización precisa y remitirme al segundo aspecto de mi presentación, que concierne a los modos en que este despliegue de la subjetividad de lo privado en lo público se ha visto confrontado en la coyuntura actual de la Argentina. Las “postales” a las que aludía en mi título –que no estoy tan segura de poder dibujar- están lejos del pintoresquismo o la amabilidad típicos de un paisaje, pero guardan sin embargo ciertas características propias del género: la fuerza de rememoración, el anclaje físico, el atisbo del instante y el hecho de ser destinadas a alguien que *no estuvo allí*. Momentos de detención en un tiempo vertiginoso que no acierta a *ser dicho*, simbolizado, explicado, antes de desaparecer en otro juego de imágenes contrastivas. Así hemos percibido –y asumo la subjetividad compartida del “nosotros”- el acontecer de los últimos meses.

Un acontecer que no por vivido, experimentado en carne propia, en la casa, la calle, el barrio, el banco, dejó de ser esencialmente mediático. Una especie de hipnosis llevaba cada mañana al quiosco de diarios, cada tarde o noche a la pantalla del noticiero, los programas de opinión y hasta los “meta”programas, donde la televisión habla o se ríe de sí misma. El afán exhaustivo era imperioso: siempre algo más, una palabra más, una imagen desde otro ángulo. Como las postales del 11 de setiembre, cuando los aviones acometían una y otra vez el lugar imposible desde todos los puntos de vista.

Desde el 19 y 20 de diciembre, en que algo pareció tener fin y nuevo comienzo, la gente en la calle, espontáneamente convocada con sus cacerolas fue un fenómeno urbano casi sin precedentes. Antes estaban por supuesto los piqueteros, los desocupados, los cortes de ruta, la protesta cotidiana de cada sector social, ya un género conspicuo, infaltable en todo noticiero. Nos habíamos acostumbrado a los tambores, al humo de neumáticos quemados, a la ocupación perpetua y bulliciosa del centro de la(s) ciudad(es), a la aglomeración de vehículos, al latiguillo sin fin de las demandas. Pero esto era distinto: no había aquí autoridad reconocida, agrupación política o sindical, facción, consigna específica, sólo una confluencia insólita de jóvenes y no tanto, de pacíficas señoras, de familias enteras empujando carritos de bebé. Las cacerolas –el símbolo más doméstico

que pueda pedirse, nunca sospechadas de hacer caer gobiernos- sonaban al anochecer en las esquinas estratégicas de los barrios –aún los elegantes- y sus dueños hablaban sin tapujos y seguramente por primera vez en su vida para los móviles situados de la radio y la televisión. Una apertura impensada de lo privado en lo público, donde el relato de las vicisitudes personales se tornaba inmediatamente político, aun antes de decir “¡Basta! o ¡Que se vayan!”.

[Apenas unos meses antes, varias versiones autóctonas de *Big Brother* (“Gran Hermano”, “El Bar”, etc.) habían colonizado sintomáticamente las pantallas e instaurado –entre esas mismas capas medias que hoy se movilizaban- un tema casi excluyente de conversación: quién se iba cada semana, echado por el voto obligado de sus propios compañeros y el del espectador, de la casa donde el grupo vivía encerrado bajo cámara perpetua, en una cotidianeidad abrumadora, esperando cada uno ser el último y ganar la jugosa recompensa. El *reality show*, como es bien conocido, perpetuaba una intrusión bien pautada en el ámbito de la privacidad: el cuarto de baño, la cama, los devaneos nocturnos, los gestos más íntimos, la trivialidad extrema de la conversación. Pero también ofrecía una escena emblemática de una supuesta “subjetividad global” que casi se confunde con la ley del mercado: la competencia entre pares, no ya en términos de excelencia sino de astucias, intrigas y cálculos sobre la debilidad del otro, la supervivencia individual opuesta al grupo –un colectivo que no puede constituirse como tal porque conlleva su propio antídoto “antisocial”-, la vida misma, como prueba concentracionaria de resistencia, tanto a la banalidad de lo cotidiano como a la inevitabilidad de la exclusión, que no será ya obra de una exterioridad, cualquiera sea, sino el principio intrínseco, *obligado*, de toda relación.]

La otra escena impensada vino más adelante, cuando esas mismas personas de capas medias –algunas, bastante empobrecidas- a quienes habían confiscado definitivamente sus ahorros, se dedicaron sistemáticamente, con una energía encarnizada y blandiendo no sólo cacerolas sino todo tipo de armas domésticas, al asalto de las puertas del poder. De los bancos en particular, que debieron transformarse en fortalezas ciegas, del Congreso, que debió interponer un doble vallado, de otros edificios públicos y hasta del mítico portón de entrada al predio de la residencia presidencial, vanamente defendido por la policía.

Ya Simmel, en “Puente y Puerta”, había reflexionado, con su habitual dejo poético, sobre el carácter de límite de la puerta, frontera que liga, une y separa, el ser “en casa” del hombre, su mundo interior, privado, y el exterior ilimitado. Y es justamente ese límite, que puede ser franqueado a cada instante, lo que permite la ilimitabilidad de todos los destinos, la libertad. Aquí la libertad se jugaba de algún modo a la inversa, en la posibilidad de *entrar*, de superar esa puerta infranqueable erigida como obstáculo a la decisión y que, en el caso de los bancos, capturaba indebidamente lo propio, en el sentido inequívoco de la propiedad. El ataque furioso a las puertas –con puños, martillos, palos- desde un “afuera” irreductible, escenificaba así, no sin patetismo, el juego de posiciones del poder –la sordera, el encierro, el conciliábulo-, ese estar de espaldas de los políticos que parece ser su gesto más acendrado en estos tiempos.

[Entre los modelos de vida que los medios ofrecen cotidianamente en un *display* cada vez más variado, el de los “ricos y famosos” es un clásico que atrae desde siempre la atención, en un abanico de audiencias muy dispares. Se juega allí sin duda uno de los valores más firmes del espacio biográfico: el éxito, con un correlato peculiar de

celebridad, sofisticación, gran mundo, llamado a compensar vicariamente el tono gris de las vidas corrientes, esa enorme energía reproductiva que no deja huellas, la orfandad del linaje, del talento, de la suerte, que no cancela sin embargo la posibilidad del azar o la *oportunidad*, virtualmente al alcance de cualquiera. Pero, contrariamente a lo que podría pensarse, las identificaciones no son sólo glamorosas: hay también esa atracción fatal de la desdicha, la mala suerte, la carencia, la debilidad –que también pueden alcanzar a cualquiera. Múltiples registros de la mediatización dan cuenta de esto, desde el *reality show* a las cadenas de noticias, locales e internacionales, y su retrato empecinado, genérico, de las tragedias contemporáneas.]

En los '90, la Argentina vivió la fiesta exaltada de los triunfadores de la “década menemista”. Fiesta de pocos pero extendida sin embargo en el imaginario popular –tomado este significante en sentido muy amplio–, de la cual los medios fueron parte esencial. Siempre hubo la contracara acechante de quienes no participaban para nada de la fiesta y apenas contaban con la parte mínima de un reparto clientelar y oportunista. A medida que el “modelo” neoliberal aplicado a ultranza iba mostrando su falacia, esa contracara fue haciéndose cada vez más descarnada, poniendo en evidencia la diversidad de formas y clivajes –para usar un término sociológico– que adoptaba la vieja y la “nueva” pobreza.

Había por entonces una tematización mundial de la pobreza –que la “globalización” agudizaba efectivamente en todas partes–, tanto a nivel de gobiernos, organizaciones internacionales, medios académicos (recordemos, para poner sólo un ejemplo, *La Miseria del Mundo*, de Bourdieu) y por supuesto, medios de comunicación. De todas las problemáticas que hacen a la condición humana –y sin descartar ese registro existencial del hastío, de la inanidad del vivir, que Bourdieu y sus colaboradores también supieron retratar en su paisaje de época–, la pobreza traza sin duda un límite, un umbral, tal como la crueldad, la tortura, la esclavitud, el crimen. Un umbral ético, moral, político y también estético, comunicativo: ¿cómo hablar, cómo mostrar, cómo *hacer ver*?³ Porque la tentación de hacer-ver, aún con las mejores intenciones, está siempre amenazada de intrusión, de voyeurismo, de sensacionalismo, de todo aquello que los medios escenifican como una paradoja cada vez que ponen bajo los ojos –bajo *nuestros ojos*– el cuerpo del delito, aquello que atestigua, antropológicamente, que “estuvieron allí”.

Ese umbral fue franqueado en estos meses hacia un todavía más allá. De la pobreza a la indigencia y luego, lisa y llanamente al *hambre*. La combinación fatal de devaluación, recesión e inflación desembocaron en un panorama desolador, acentuando los tonos ya dramáticos de millones de vidas. Las cifras taladran los oídos con tenacidad implacable: cada punto de suba de los precios o del dólar “fabrica” miles de nuevos pobres como una fatídica línea de montaje. Venimos hace rato conviviendo con cifras aterradoras, entre las cuales el “riesgo país” mide cotidianamente nuestra remota posición en la lista de los que tienen ordenadas sus cuentas. Ahora ya no se habla del riesgo país, otro significante insiste, de un lado y otro del universo discursivo: el dolor. Del lado académico, por ejemplo, Silvia Bleichmar, psicoanalista, escribió un libro, “Dolor país”, Horacio González, sociólogo, se refirió hace poco al “dolor de la ciudadanía”.

³ En el prólogo del libro bajo su dirección, Bourdieu, conciente del desafío de “hacer públicas palabras privadas, confidencias recogidas en confianza”, expresa su deseo de literatura, de poder lograr, como los grandes novelistas –Faulkner, Joyce, Woolf–, y a diferencia de la simplificación mediática, una representación compleja de múltiples puntos de vista, aun inconciliables. Pierre Bourdieu, 1993.

Del lado mediático, Clarín, el mayor emporio multimedia del país, inauguró una rúbrica en su cadena de noticias TN: “La Argentina que duele”.

Desde la reflexión académica me parece un modo reactivo de empezar a encontrar nuevas palabras para nombrar lo que resiste a la explicación, por más ajustada que sea, lo que excede –y nos excede–, aquello que nos cuesta incluso imaginar –aunque lo veamos–, hablados como estamos por viejos mitos y emblemas que no queremos desechar (“el granero del mundo”, “somos uno de los países más ricos de la tierra”, “se tira una semilla y crece la planta”, etc. etc.). Y si bien el hambre y la desnutrición no son *nuevos* en la Argentina, se trata evidentemente de una cuestión de escala, de un límite, numérico pero también temático.

El límite temático es justamente el *uso* que los medios –con variantes de estilo– hacen de ese dolor, compensando a veces con la rúbrica, como en el caso citado, su profunda complicidad con el poder, su trabajo ideológico de sostén de las políticas que llevan –que llevaron– justamente a esos índices. La proliferación visual es inquietante: no hay programa que no muestre, con lujo de detalle y fuerte efecto de autenticidad, el rostro, la voz, el llanto, de alguien –preferentemente una criatura– que *no come*. El hambre en la Argentina se transformó en noticia sistemáticamente ofrecida a la hora de la cena.

Aquí se plantea nuevamente el viejo dilema: ¿es necesario ver para creer? Y ese hacer-ver, bajo las reglas del género de la información que difícilmente se alteran –el efectismo, la fragmentación, la simplificación, la endeblez argumentativa– ¿aporta en verdad a una toma de conciencia y entonces, a una mayor responsabilidad ciudadana o sólo cumple una función catártica, que dispensa –a todos– de intervenciones más rotundas?

En principio, esas operaciones de individuación, esas efímeras biografías de un trazo que dotan de rostro y cuerpo a un número ciego, no parecen alterar el silencio de la política, o mejor, su cháchara, ese hablar vacío, estereotípico, que desmiente la performatividad del decir, el carácter de *acción* del lenguaje: ninguna respuesta oficial tiene lugar en ese sentido. Pero sí vienen a confirmar una vez más ciertos presupuestos de la teoría: la apuesta “compensatoria” de la televisión, su capacidad de ir más allá, de ser más eficiente que las instituciones: la criatura en cuestión se hará presente días más tarde en el piso televisivo, la escuela carenciada recibirá aportes de todas partes, los presentadores se ufanarán –y nos darán la lección– del deber cumplido.

Y pese a que la excepción de un “caso” afecta a la justicia –como una lista de salvación muestra crudamente los que quedan afuera– y pese a que el don viene a remplazar aquí el más elemental de los derechos, es difícil sustraerse sin embargo a la inmediatez del socorro, esa forma, sin duda imperfecta, que la crisis o la catástrofe imponen a la solidaridad.

III.

Retomando ahora nuestros interrogantes, es evidente que la crisis, cuya temporalidad extensa no la hace menos nítida, ha afectado sustancialmente el plano de la subjetividad, dejando profundas marcas en el espacio biográfico. ¿En efecto, qué “modelos de vida” pueden delinearse hoy como posibles cuando la vida misma parece amenazada en

términos de subsistencia para casi la mitad de la población? ¿Cómo asimilar el impacto que supone para las tan mentadas “capas medias”, ya en una notoria “movilidad descendente”, la pérdida conjunta de pasado y futuro, es decir, de sus ahorros y de su pre-visión? ¿Cómo exorcizar el fantasma del éxodo, de jóvenes profesionales, de familias numerosas, de desempleados crónicos, hacia los ya bien conocidos “paraísos artificiales” de un primer mundo cada vez más xenófobo? La fiesta ha terminado, y, como ironiza el ingenio popular, ahora la pagamos todos menos quienes la disfrutaron.

Podrá decirse que “todos” disfrutamos algo, que vivíamos en un mundo ilusorio, creyéndonos quienes no éramos. ¿Pero quién vive siempre en el mundo “real”? O bien ¿cómo es posible en todo caso asumir para la vida cotidiana la verdadera “realidad” del mundo? Porque es indudable que nuestras “postales” –arbitrarias, parciales, por definición subjetivas- se recortan sobre el horizonte más amplio de esta historicidad particular que podremos llamar imperio o “globalización”, cuya pretendida universalidad sólo puede entenderse bajo el signo de lo trágico. No compartimos por cierto hipotéticas ventajas ni riquezas desde esta localización del mundo que puede leerse como “fin” desde el otro hemisferio, tanto en lejanía como en temporalidad: *ahora* –y quizá hace mucho- estamos en verdad “afuera” y la puerta es infranqueable.

Sin embargo, también podría hablarse entre nosotros de la crisis como un nuevo principio, de una “nueva” subjetividad, para tomar una expresión que circula en diversos discursos de la aldea global. Una visión más ajustada de las propias fuerzas y recursos, del valor de la solidaridad, entendida como creación de espacios colectivos en la defensa de derechos y demandas, de nacientes articulaciones, aun contingentes, entre diferencias⁴. Así podrían caracterizarse las nuevas grupalidades –asambleas vecinales constituidas al calor de los “cacerolazos”, movimientos sociales en los barrios, movimientos de desocupados, agrupamientos sindicales múltiples, grupos autogestivos de trabajadores, cooperativas de trueque o de consumo, etc. etc. Articulaciones contingentes, tomando el concepto de Laclau, que pugnan en todo caso por la hegemonía –algún particular que logre investirse, en un momento dado, de “universal”- y no quizá “nuevos actores sociales” como algunos definen, de modo un tanto voluntarista, esencializando así identidades en constante fluctuación.

En el campo cultural hay asimismo un movimiento, múltiple, inorgánico, al que podría llamarse de resistencia sin que esto suponga enfrentarse a ningún “enemigo” preciso y definible, más allá de la situación general. En abril, por ejemplo, el IV Festival Internacional de Cine Independiente de Buenos Aires –para muchos, el mejor de todos- concentró más de un centenar y medio de filmes, entre los cuales se destacaban tendencias y directores de primer nivel en el mundo, al cual asistió un 20% más de público que el año anterior. Algo similar ocurrió en el mismo mes con la Feria del Libro, armada casi por milagro por una industria editorial en serias dificultades, que aumentó sin embargo sus ventas y duplicó la cantidad de público. Hay también “movidas” en los barrios, como la del reciente 25 de mayo, fiesta patria, en la que la Asamblea Vecinal del barrio de Palermo Viejo, en Buenos Aires, organizó una “Trama Cultural” durante el fin de semana, en el cual hubo mesas redondas, debates, murgas, desfiles callejeros, gastronomía, teatro, cine y estudios de artistas abiertos al público.

⁴ “Piquete y cacerola, la lucha es una sola”, rezaba una reciente consigna, que unía dos sectores netamente diferenciados por la “propiedad” y hasta confrontados, según algunos esfuerzos disociativos. Pero en vano podría creerse que esta consigna, coreada sin duda con entusiasmo por ambos copartícipes en alguna movilización, esté verdaderamente internalizada, en unos y otros.

En la Universidad pública –la de Buenos Aires, en este caso- hay mayor cantidad de alumnos, con un interés inusitado en cumplir con las lecturas y avanzar en las respectivas carreras. He hablado de esto con los estudiantes y coincidieron en que la crisis ha revalorizado también para ellos la *oportunidad* que supone la educación superior gratuita, en lo que sigue siendo el mejor nivel ofrecido en el mercado. Hay agitación, debate, mesas redondas, encuentros de todo tipo, se realizan Congresos internacionales y se presentan libros todas las semanas, como si en cada uno de esos actos se jugara –y en verdad se juega- nuestra supervivencia.

Un economista, Aldo Ferrer, escribió hace unos años un libro que tuvo mucho éxito, “Vivir con lo nuestro”, donde se analizaba la crisis estructural y las chances de la Argentina para aprovechar racionalmente sus recursos –naturales, humanos, culturales- por cierto nada desdeñables. El título del libro –que, como era de esperar, acaba de reeditarse- podría sintetizar, más allá de compartir o no su contenido, una actitud que me parece que sí compartimos, desde el campo intelectual y académico, de tornarnos más que nunca hacia lo “nuestro” –con la diversidad constitutiva de semejante posesivo- en términos quizá de ideas, escrituras, símbolos, modalidades, reinterpretaciones, de indagar más profundamente –e históricamente- “raíces en el aire”, como diría Roland Barthes, aquello que está allí, en la superficie, como indicio para quien quiera verlo. Lo cual no significa por supuesto el aislamiento, ese “cortar los lazos con el mundo” ese “quedarse afuera”, que nuestros políticos ponen como única alternativa en el otro platillo de la balanza donde se pesan, día a día, las exigencias sin límites del FMI.

Y aquí volvemos a reencontrar una vez más a los políticos –actores principales de esta crisis- que arrastran, pese a su diferencia teórica, a “la política” y “lo político” al terreno de lo indeseable, a ese magma de corrupción, clientelismo y estructuras feudales que es la contracara de nuestra “modernidad” y que la gente, la multitud o como queramos llamar a esa movilización furiosa que encarna el hastío colectivo, resume, seguramente de modo arbitrario, con el “¡Que se vayan todos!”.

No es mi tema específico y seguramente mis colegas presentes, sociólogos y politólogos, podrán hacer análisis más finos y pormenorizados, pero baste anotar, para mi propósito, que es el de retomar ahora, sobre el fin de mi trabajo, la relación entre vida pública, espacio político y vidas privadas, la profunda indiferencia, el cinismo, la lejanía extrema que el poder –los miembros del/los gobierno/s, los funcionarios, los “representantes” del pueblo en el Parlamento, los banqueros, los “expertos”, los popes sindicales-, con honrosas excepciones, manifiesta hacia la vida y la condición humana de los habitantes del país, y sobre todo, de “la parte de los sin parte”, como diría Rancière (1986), más desfavorecida.

En efecto, la “cuestión social” aparece en el discurso de sus principales responsables -discursos de por sí maquinales, que repiten una y otra vez las mismas muletillas sin ninguna convicción, propia ni ajena-, como un apéndice, un correlato, algo que viene por añadidura del “paquete” económico, es decir, de cada atadura caprichosa de leyes o decretos que responden siempre al mejor postor, o sea, a quien resultó ganador de la pulseada de turno. Las voces en contrario –que las hay sin embargo, dentro de ese universo discursivo que me cuesta llamar “político”- parecen clamar en el desierto, no importa que lo que quieran hacer oír sea justamente que las cifras –que nos bombardean día a día- se refieren a gente, personas, hogares, y no son simplemente un

“rebote” del ajuste perpetuo (hace poco escuché, en uno de esos habladores de toda especie que asedian los espacios mediáticos, esta expresión increíble, el “rebote social” de las “medidas”). Digo clamar en el desierto, porque después, de todos modos, las manos se alzarán en el Congreso para avalar lo que sea que se pida para que todo siga igual, o, si nos atenemos a los grandes números de la economía leídos con seriedad, muchísimo peor.

Es que parecería que las vidas de los habitantes de un país, sus biografías, aquello que socialmente se perfila como modelo de realización -“la vida buena” de nuestro tiempo- no fuera de la incumbencia de la política, que sólo se ocuparía del ordenamiento exterior de los cuerpos y de las cosas, cada una en su lugar. Pero en verdad, lo que en el imaginario colectivo se delinea como un destino posible y deseable, más allá de la peripecia singular -sabemos que, en cierto modo, toda biografía es colectiva- es un asunto público, depende en grado sumo de la vigencia de los derechos -y desde luego, de los más elementales- pero no sólo del cumplimiento de la fría letra constitucional, sino de una acción de gobierno prioritaria, que sea capaz de integrar a los propios actores en la resolución de sus problemas, que vaya más allá del salvataje, de hacer llegar bolsas de comida -o míseros subsidios equivalentes- a los más necesitados. Acción de gobierno en términos de planificación, redistribución, apoyos y estímulos a la educación y formación, sin hablar del proceso productivo en general y de una administración acorde.

En este sentido -y yendo un paso más allá de la emergencia alimentaria-, la autorrealización personal no se dirime simplemente en el reino privado, así como la famosa “igualdad de oportunidades” no supone solamente la voluntad de elegir. El ejercicio de la libertad, la decisión respecto del propio *camino de la vida* -un cronotopo clásico, que traduce adecuadamente la espacialidad, la temporalidad, el azar- también depende de ese espacio mayor de la política cuyo sentido primigenio -ya lo sabemos, siempre idealizado- es el enaltecimiento de la condición humana.

No es éste precisamente el sentido que impera en el comienzo del nuevo milenio. El desequilibrio, la inequidad, el profundo abismo entre unas y otras “oportunidades” -entre personas, etnias, grupos de interés, regiones, países, localizaciones...- se corporizan en esos “paisajes del sufrimiento”, al decir de Bauman (1999), que pueblan cada día la actualidad, traídos por el ojo de la cámara desde los rincones más remotos: guerras, hambrunas, inundaciones, éxodos. Nuestros propios paisajes, desde este “fin de mundo”, no lo son menos. Todo parece requerir de urgente tratamiento, y entre las convulsiones de la economía y la política -y hasta de la naturaleza-, esta modernidad dislocada del Cono Sur parece haber fagocitado, lisa y llanamente, hasta la propia inscripción discursiva de la “condición humana”. Recuperarla críticamente, tanto en lo que traza como límite que no debería ser infringido, como en el despliegue de su dimensión existencial por sobre la necesidad, es hoy para nosotros, según creo, un desafío y una obligación, pero no como mandato salvador o consigna iluminada sino como profundo autoexamen, práctica dialógica de interacción y creación.

Referências bibliográficas

- Arendt, Hannah (1974), *La condición humana*, Barcelona, Seix Barral.
- Arfuch, Leonor (2002) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bajtin, Mijaíl (1982) *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Barthes, Roland (1986) *Lo obvio y lo obtuso*, Barcelona, Paidós.
- Bauman, Zygmunt (1999) *In search of politics*, Cambridge, Polity Press.
- Bleichmar, Silvia (2002) *Dolor País*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Bourdieu, Pierre (1993) *La misère du monde*, Paris, Seuil.
- Habermas, Jürgen (1982) *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, G. Gili.
- Laclau, Ernesto (1996) *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- Rancière, Jacques (1996) *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Simmel, Georg (1986) “Puente y Puerta” en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de cultura*, Barcelona, Península.